

*(Palabras pronunciadas por Oscar Fernández con motivo del quadragésimo aniversario de la Maestría Centroamericana en Sociología, en la noche del 17 de setiembre del 2019 en el Auditorio Abelardo Bonilla de la Ciudad Universitaria Rodrigo Facio)*

Quizás tenga razón el tango cuando afirma, con ligereza, que veinte años no son nada. Lo que no señala, ciertamente, es que cuarenta, -a no dudarlo- pueden resultar bastantes.

Muchos años han pasado desde que decidimos darle forma y realidad al proyecto de un Posgrado Centroamericano en Sociología, en nuestra Universidad de Costa Rica.

Hoy estamos acá, para conmemorarlo y celebrarlo. La circunstancia lo amerita y el esfuerzo colectivo realizado lo justifica.

No puedo dejar de destacar la enorme satisfacción de haber podido coordinar, durante largos meses, el grupo que preparó la propuesta.

No puedo dejar de agradecer, a quienes así lo decidieron, la confianza y el honor de haber sido escogido como primer Director de la Maestría, cuando apenas cumplía mis treinta años.

No puedo, finalmente, dejar de experimentar, como un privilegio, el haberme mantenido vinculado, durante estos cuarenta años, en forma activa e ininterrumpida, a la Comisión del Programa: impartiendo cursos, dirigiendo tesis, orientando rumbos, ampliando horizontes y alimentando inquietudes, gracias a la comprensión y a la paciencia de mis colegas y de mis estudiantes.

Pero la tarea ha sido grande y prolongada. Tuvimos la suerte y el acierto, de haber tenido al frente del Programa, a notables académicos y académicas que me sucedieron y me relevaron y que entendieron, asimismo, la importancia de esa tarea y la repercusión modesta pero efectiva de nuestro trabajo. Ellos y ellas le imprimieron un tono particular y personal al desempeño de su gestión y a su permanencia en el cargo.

Dejé la Dirección de la Maestría para asumir el Decanato del Posgrado. La Maestría quedó en muy buenas manos. Jorge Rovira asumió el cargo y fortaleció el programa con un deseo persistente y profundo, que no lo ha abandonado en modo alguno, de entender a Centroamérica y de reflexionar en particular sobre nuestro país y su historia.

Mención especial merece Regine Steichen, recientemente desaparecida a quien rindo sincero homenaje y agradecimiento. Regine echó aquí raíces y dio aquí frutos. Con cuidadoso entusiasmo e indudable empeño se convirtió en la organizadora de actividades inéditas y provechosas. Obtuvo apoyos inimaginables que se tradujeron en becas múltiples que se mantendrían o se renovarían a lo largo de la prolongada historia del programa.

Ana Sojo, quien había realizado su carrera de Sociología en Alemania, habría de suceder a Regine en el cargo. Ana introdujo temáticas y debates que habrían de adquirir luego carta de ciudadanía en nuestro medio y continuó con constancia y seriedad en las funciones propias del cargo.

De manera transicional, pero disponible, Jorge Mora asumió, por unos meses, la Dirección del programa.

Regine volvió a ocupar de nuevo la Dirección y después de una fructífera labor, Sergio Reuben fue electo Director y con decisión e indudable entrega, dio continuidad a la tarea: renovó apoyos y proyectó la Maestría en contextos amplios y con perspectivas nuevas.

Roberto Salom fue la séptima persona que habría de ocupar el cargo. Inauguró una nueva etapa que se ha mantenido durante estos últimos años: la de quienes habiendo realizado sus estudios en la Maestría, luego habrían de ser escogidos o escogidas para conducir el programa. Con un don de gentes destacable, Roberto Salom condujo con mesura y prudencia el programa en el cual él había sido antes estudiante.

Roberto Salom fue sucedido por Roberto Ayala, a quien tuve el gusto grande de dirigir su excelente tesis de Maestría primero y su atrevida tesis de Doctorado después y quien, desde la Dirección del Posgrado, se plantearía los problemas no sólo en términos regionales sino también continentales y globales. Con agudeza, con profundidad e ingenio. logró motivar a estudiantes de otras áreas y contribuyó a fortalecer el debate y el cuestionamiento que nutren el quehacer académico.

Randall Blanco fue nuestro anterior Director. Con una dedicación admirable y una notable lucidez, contribuyó de manera decisiva a consolidar nuestro programa reforzando, de manera insospechada, su carácter regional centroamericano. Me tocó, también, formar parte, con enorme satisfacción, del Comité Asesor de sus tesis de posgrado, tanto de Maestría como de Doctorado, que han marcado nuevos hitos en la investigación sociológica en nuestro medio.

Nancy Piedra es ahora nuestra actual Directora. Su motivación y su tenacidad han hecho posible que hoy estemos aquí reunidos celebrando. Nancy ha introducido un aire nuevo y refrescante que nos contagia y estimula. Nancy ha explorado aristas teóricas novedosas y está conduciendo la Maestría con desenvoltura y osadía. Condiciones requeridas en estos tiempos que se presagian ya de por sí difíciles e inciertos.

Hace cuarenta años, cuando nos lanzamos en esta aventura académica, la región centroamericana atravesaba una situación realmente dramática. Cuarenta años después, nuestros países viven lamentablemente en la inestabilidad o en la zozobra.

Es en ese contexto que hoy continuamos nuestra tarea. Cuando hablo de zozobra no me refiero sólo a la experiencia que pueden estar atravesando los individuos como resultado de dudas o dilemas.

Digo zozobra y pienso en el significado marítimo del término: vientos encontrados que dificultan o impiden la navegación. No es sólo la crispación, es el incremento de la conflictividad que hace los rumbos más inciertos y los enfrentamientos más severos y dolorosos.

Permitánme, para concluir, hacer referencia a un mito que es de sobra conocido. Zeus concede a Pandora un dudoso regalo: un bello cofre clausurado con una implacable restricción: la de no abrirlo para urgar en su interior. La curiosidad, es bien sabido, es un impulso sano y poderoso y Pandora termina rindiéndose al deseo de explorar lo desconocido y lo inquietante. Al abrirlo, uno a uno se escapan del cofre todos los males, desgracias y calamidades que parecen inexorablemente irremediables. Habría que suponer, como lo señala una de las versiones del mito, que en el fondo del baúl y en un recóndito rincón Pandora logra encontrar la anhelada y salvífica esperanza.

En medio de las tribulaciones que hoy nos agitan, y desde estas tierras y estos mares, atravesados por ciclones, terremotos, dictaduras o autoritarismos, desearíamos declarar, con cierta duda y con limitado entusiasmo, que, al igual que a Pandora, en el fondo y al final, aún nos queda la esperanza.